

Hugo A. Cañete

Los Tercios de Flandes en Alemania

La guerra del Palatinado
1620-1623



Colección
Historia de los conflictos

LOS TERCIOS DE FLANDES EN ALEMANIA

LA GUERRA DEL PALATINADO
1620-1623

Los Tercios de Flandes en Alemania.
La guerra del Palatinado (1620-1623)

© 2014 Hugo Álvaro Cañete Carrasco

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Esta edición de Ediciones Platea:
1º Edición noviembre 2014
Diseño de portada: Ignacio Ferrer

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2014: Ediciones Platea, S.L.

Francesc Ferrer i Guardia, 25. 5º-2º. Mollet del Vallés. 08100. Barcelona.

www.edicionesplatea.com

Colección Historia de los Conflictos

ISBN: 9788494288418

Depósito Legal: DL B 21934-2014

LOS TERCIOS DE FLANDES EN ALEMANIA

LA GUERRA DEL PALATINADO
1620-1623

HUGO A. CAÑETE

*A mi padre Antonio Cañete Moscoso,
por inculcarme la pasión por la Historia*

Hugo A. Cañete (1973) es licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales y licenciado en Derecho. Directivo de Empresa y Profesor de Estrategia. Es miembro fundador del Grupo de Estudios de Historia Militar (gehm.es) y colaborador habitual del podcast de historia Histocast. En el ámbito literario es coautor de *La Guerra de Frisia* (Platea 2012), y de *El Ejército de Alsacia. Intervención española en el alto Rin 1633-34* (Sátrapa 2010); y entre sus ensayos destaca *Alejandro y Afganistán, reflexiones nuevas para una guerra vieja* (GEHM 2010). También ha colaborado con las revistas especializadas *Desperta Ferro* y *Breaking War*, y ha realizado la traducción de la edición castellana de *Decision in the Ukraine* (*Decisión en Ucrania*) para Ed. Platea.

ÍNDICE

PRÓLOGO	15
---------------	----

1ª PARTE: LA GUERRA DEL PALATINADO

FRANCISCO DE IBARRA (1620-21)	23
-------------------------------------	----

DEDICATORIA A DON BALTASAR DE ZUÑIGA	25
--	----

LIBRO PRIMERO	27
---------------------	----

Promesa de narrar los hechos de manera objetiva	27
---	----

Orígenes de la Guerra de Bohemia.

Comienzo de la Guerra de los Treinta Años	30
---	----

Reacción contra la Revuelta de Bohemia y los rebeldes	41
---	----

Se fragua la invasión del Palatinado

como diversión a la Campaña de Bohemia	43
--	----

Comienza la reunión de tropas

para formar el Ejército del Palatinado	47
--	----

Descripción del Estado del Palatinado	52
---	----

Defensa del Palatinado por parte protestante

y amenaza de ayuda de Holanda	56
-------------------------------------	----

Plan estratégico de ataque simultáneo en Bohemia

y en el Palatinado. Maximiliano de Baviera se desmarca

a última hora firmando el Tratado de Ulm con los Protestantes	62
---	----

Supuesta carta de Maximiliano de Baviera al Archiduque Alberto

explicando y justificando su proceder	67
---	----

Reunión y organización de los dos Ejércitos:

el del Palatinado y el que había de quedar guardando Flandes	73
--	----

LIBRO SEGUNDO	83
Se inicia la conquista del Palatinado	83
Toma de Kreuznach, Alzey y Oppenheim	88
Spinola reúne el Consejo para decidir los próximos pasos. Noticias del socorro anglo-holandés	96
Toma de las villas de Bacharach y Kaub	101
Acecho al socorro anglo-holandés. Noticia de la llegada de refuerzos españoles	102
Amago protestante contra Alzey. Batalla campal frustrada	107
Toma y defensa de la villa de Kirchberg. Capitulación de algunas villas y castillos	110
Llegada de los refuerzos españoles. Nuevo Consejo. Se decide conquistar la región del Hunsrück	114
Toma del castillo de Waldböckelheim	120
Toma de la villa de Trarbach	121
Relato de la Batalla de la Montaña Blanca	126
Llega el invierno de 1620-21	131

LIBRO TERCERO	132
Acuartelamiento y manutención del Ejército durante el invierno. Plan de contribución al esfuerzo de guerra	132
Golpe de mano en el cuartel de la compañía italiana de Jerónimo Valeta. Represalia española en Westhofen	135
Estado de las cosas hasta la entrada de la primavera de 1621	137

Carta de Spinola a los Príncipes de la Unión reunidos en Heilbronn con los motivos de la presencia del Ejército español en el Palatinado y la advertencia de que no apoyaran a Federico el Palatino y se avinieran a la obediencia del Emperador	139
Publicación del Bando Imperial. Contenido. El Rey Católico y el Duque de Baviera. Impulso de las negociaciones para la disolución de la Unión Protestante	143
Argumentación de los planes estratégicos que para 1621 tenía Spinola en mente. Prioridad para el Palatinado y retraso de 1 año en el reinicio de la guerra con Holanda. Exposición de dichos planes al Rey en la Corte de Madrid	148
Llega orden del Rey de hacer la guerra a Holanda. Spinola cambia el contenido de la misión a Madrid. Ahora pretende pedir fondos para sostener dignamente al Ejército del Palatinado por la importancia estratégica del mismo	153
Fallecimiento y Panegírico a Felipe III	155
Caída de los duques de Lerma y Uceda	157
Nombramiento de los nuevos miembros de los Consejos de Gobierno	160
Disolución de la Unión Protestante. Spinola parte para Flandes	163
Panegírico al conde de Bucquoy	170
Panegírico al Archiduque Alberto	172
La infanta Isabel asume el gobierno	175
Suspensión de armas en el Palatinado durante la primavera y parte del verano de 1621. Toma y defensa del castillo de Stein como diversión a las razzias protestantes en el Obispado de Espira	177

LIBRO CUARTO	188
Operaciones en la Bergstrasse	188
Toma de Kaiserslautern	197
Sitio de Frankenthal	199
Retirada a Stein. Llegada de Tilly. Operaciones en la Bergstrasse	217
D. Gonzalo se dirige al Obispado de Espira a protegerlo de Mansfeld. Diversión de Brunswick y Hesse-Kassel en el norte	234
Sitio de Deidesheim. Intento de socorro por parte de Mansfeld	237
Renuncia a tomar Neustadt por la cercanía del invierno. Repliegue del ejército a Stein a la espera de la decisión del Magistrado de Worms. Retirada a los cuarteles de invierno	245
 2ª PARTE: CINCO BATALLAS Y UN ELECTORADO. 1622-23 HUGO A. CAÑETE	255
Invierno de 1621-22. Mansfeld en Alsacia	259
Situación general a la llegada de la primavera de 1622. Los paladines de la causa protestante	263
Tilly asegura la margen sur del Neckar con el propósito de tomar Heidelberg. Federico el Palatino se reúne con Mansfeld	269
La Batalla de Mingolsheim o Wiesloch, 27 de abril de 1622	272
Hacia Wimpfen	273
La Batalla de Wimpfen, 6 de mayo de 1622	277
El sitio de Ladenburg	288

Mansfeld se dirige a Alsacia a levantar el sitio de Hagenau	291
Federico, Mansfeld y Baden-Durlach invaden el landgraviato de Hesse-Darmstadt	291
Hacia Lorsch	299
El combate de Lorsch, 10 de junio de 1622	303
Hacia Höchst	306
La Batalla de Höchst, 20 de junio de 1622	310
Jorge Federico de Baden-Durlach abandona la causa. El Palatino, Mansfeld y Brunswick se dirigen a Alsacia	316
Tilly asola el margraviato de Durlach. Mansfeld sitia de nuevo Saverne. Leopoldo invade Alsacia	319
Evolución de las negociaciones para la restitución del Palatino en sus dominios. Federico, Mansfeld y Brunswick se dirigen a Lorena y Francia. Federico rescinde su contrato con ambos paladines	321
Toma de Neustadt. Don Gonzalo de Córdoba se dirige a los confines de Francia para proteger a los Países Bajos españoles de una posible incursión de Mansfeld	325
Hacia Fleurus: desengañado de Francia, Mansfeld se dirige a Flandes. Don Gonzalo sale a su encuentro	331
La Batalla de Fleurus, 29 de agosto de 1622	337
Alarde ante la Infanta Isabel en Malinas. Reunión con Spinola en Bergen op Zoom	350
El archiduque Leopoldo y Tilly conquistan el resto del Palatinado	351
La Dieta de Ratisbona. La dignidad electoral del Palatinado es transferida al duque de Baviera	354

MAPAS	361
CROQUIS DE BATALLAS	380
IMÁGENES	389
TABLAS TOPÓNIMOS Y COORDENADAS	401
BIBLIOGRAFÍA	407

PRÓLOGO

El libro que tiene entre sus manos es una detallada descripción de los sucesos acaecidos durante la Guerra del Palatinado (1620-1623), una de las primeras de la Guerra de los Treinta Años. Tras la revuelta de Bohemia y el acceso al trono de Federico V Conde Palatino, el Rey de España, Felipe III y el Emperador del Sacro Imperio, Fernando II, pretendieron realizar una maniobra de distracción en el Rin, atacando precisamente el Palatinado, estado del que era soberano el propio Federico. Con esta operación pretendían debilitar a las fuerzas protestantes de Bohemia, que serían finalmente derrotadas a finales de 1620 en la Batalla de la Montaña Blanca. Ambrosio Spinola, al frente de un ejército español cruzó el Rin mediado el verano de 1620 y comenzó las operaciones de conquista. Tras muchos avatares y multitud de escaramuzas, sitios y asedios, la campaña finalizará con la completa expulsión de las fuerzas protestantes del Palatinado tras las resonantes victorias en las Batallas de Wimpfen, Höchst y Fleurus en 1622.

Este libro, *Los Tercios de Flandes en Alemania: La Guerra del Palatinado 1620-23*, se compone de dos partes. La primera es una versión actualizada al español moderno y profusamente comentada de *La Guerra del Palatinado*, obra inédita atribuida a Francisco de Ibarra, oficial que participó en la campaña y que moriría el 29 de agosto de 1622 en la Batalla de Fleurus siendo maestro de campo del Tercio Viejo de Nápoles. *La Guerra del Palatinado* es un libro incompleto de dicha campaña, pues abarca la cronología de hechos desde su comienzo en el verano de 1620 hasta el mes de diciembre de 1621, incluyendo además un resumen de las causas que originaron el comienzo de la Guerra de los Treinta Años. La segunda parte, *Cinco Batallas y un Electorado*, es una iniciativa mía que obedece al deseo de abordar la campaña en su totalidad, hasta el pleno dominio español del Palatinado con la caída de la ciudad de Frankenthal en abril de 1623, sirviendo de continuación al libro de Ibarra y, en su misma línea, haciendo una narración detallada de los sucesos, acontecimientos e implicaciones que tuvieron lugar en las cancillerías y en los campos de batalla europeos entre 1622 y el primer tercio de 1623.

La Guerra del Palatinado de Francisco de Ibarra, fue una obra inédita hasta su primera publicación por el hispanista francés Alfred Morel-Fatio en 1878. La única fuente de la que dispuso el historiador y editor francés era un manuscrito hallado en la Biblioteca Nacional de París (Fonds Espagnol, n°282). Con el tiempo apareció otro manuscrito en la Universidad de Bolonia, el n°992 de su Colección de Manuscritos, procedente de la donación de libros y manuscritos hecha a dicha universidad por Segismondo Malvezzi en 1757. El contenido de ambos manuscritos es prácticamente idéntico, salvo por algunos errores de menor importancia del manuscrito de París y algunas correcciones de puño y letra hechas sobre la copia italiana, seguramente por disponer el copista de una copia más autorizada o del manuscrito original.

Pese a ser una obra inédita, hay constancia de que no fue, sin embargo, reservada. Existen pruebas, a mi parecer irrefutables, de que en su época el manuscrito circuló ampliamente por los círculos intelectuales de Europa, y no solo porque se hayan encontrado unas copias manuscritas en París y en Bolonia, sino porque es posible seguir la traza de su contenido en historiadores coetáneos de prestigio. Tal es el caso de Gonzalo de Céspedes y Meneses en su *Primera Parte de la Historia de Felipe III* (Lisboa, 1631), que he utilizado ampliamente para el comentario de la obra y para la elaboración de la Segunda Parte. En ella dedica siete capítulos a la narración de la Campaña del Palatinado, pudiendo constatarse tras un análisis del texto, que se sirve de los datos contenidos en el manuscrito, a veces, casi de forma literal. Es indiscutible que tuvo que tenerlo entre manos para la preparación de su crónica, pues transcribe hasta los errores contenidos en el manuscrito, como es el caso de la afirmación de que el río Lauter pasa por la villa de Deidesheim (Morel-Fatio, p.467) (Céspedes, p.127), cuando en realidad dicho río transcurre unos 50 kilómetros más al sur de la villa.

En cuanto a la autoría del manuscrito de *La Guerra del Palatinado*, entramos en un terreno bastante incierto. Ya en el mismo texto, *Libro Primero*, el autor dice: *salvaré este escollo con dos diligencias: callando mi nombre, como cosa que puede tener algunas conveniencias y ningún daño[...]*. El único indicio que apunta a la autoría de Don Francisco de Ibarra es la mención que de ello hace Morel-Fatio basándose en que en la portada de la copia manuscrita de París aparece el nombre de *Francisco de Ibarra* escrito a mano y en letra distinta de la del copista. El hispanista francés ofrece varias razones para fundamentar su afirmación: una la encontramos en la página 321 de su obra:

El nombre de Francisco de Ibarra fue escrito en el manuscrito de París por él mismo o por otro. En el primer caso se trataría simplemente de que nuestro soldado, tras reflexionarlo, cambió de opinión con posterioridad y decidió asumir abiertamente la responsabilidad de sus memorias. En el segundo caso [...] habremos de reconocer que dicha grafía fuera el piadoso gesto de un amigo, deseoso de asegurar para la posteridad la autoría del difunto Ibarra [que había muerto el 29 de agosto de 1622 en la Batalla de Fleurus].

Otros argumentos ofrecidos son la concordancia de graduación militar, nombre, tiempo y lugar de Francisco de Ibarra con la campaña, y la mención que hace de su padre Don Diego de Ibarra en el Libro Tercero, cuando éste es nombrado miembro del Consejo de Estado, prueba para Morel-Fatio de un gesto sentimental propio de un hijo para con su padre. Sentenciando en la página 322 que:

Podemos, afirmar sin temor a ser contradichos por otras investigaciones, que La guerra del Palatinado son las memorias auténticas del capitán del Palatinado y maestro de campo de Fleurus.

La grafía “Francisco de Ibarra” del manuscrito de París fue comparada en su momento por Donald Shaw, un autorizado investigador en esta materia, con firmas auténticas de Francisco de Ibarra contenidas en documentos del Archivo de Simancas, demostrando claramente, que fuera quien fuera el autor de la grafía, no fue Francisco de Ibarra. En cuanto a las concordancias de nacionalidad, graduación tiempo y lugar, es evidente que son muchos los soldados que hubieran cumplido esos requisitos y a los que les hubiera podido atribuir igualmente la autoría. La referencia a Don Diego, su padre, puede ser una muestra de afecto filial o simplemente una mención al nombramiento de un miembro del Consejo de Estado, pues en el párrafo en que aparece mencionado, en el Libro Tercero, se está haciendo una relación de los nombramientos de los nuevos miembros del mismo. Cabe destacar igualmente que un amigo de Don Diego como Carlos Coloma tampoco cita en su obra *Las Guerras de los Estados Bajos* (Amberes, 1625) esta obra del hijo de su amigo, cuando el propio Coloma sí es citado en el manuscrito de *La Guerra del Palatinado*.

Podría resultar un poco aventurado fundamentar la autoría del manuscrito en la simple anotación a mano de un nombre en la portada. Y lo es, entre otras cosas, porque el manuscrito de Bolonia también contiene la anotación de un nombre en su portada: *Malvezzi*, al que numerosos investigadores apuntan como el verdadero autor del manuscrito.

Virgilio Malvezzi, boloñés, fue hombre versado, soldado y diplomático, que acabó siendo Historiador oficial de la Corte de Felipe IV. Tuvo amistad con Francisco de Quevedo y fue asesor del Cardenal Infante y del Conde-Duque de Olivares, a la vez que su protegido, al que escribió un famoso laudatorio.

Los indicios existentes para atribuir el manuscrito a Malvezzi son igualmente endebles. Tras su análisis de la copia manuscrita de Bolonia, Shaw no saca ningún indicio concluyente, al no aparecer la letra de Malvezzi ni en el texto ni en las correcciones, ni ser suya la anotación de la portada. Quizá esta anotación de “*Malvezzi*” en la portada se hiciera con la intención de identificar el manuscrito como parte de la colección donada a la universidad de Bolonia por Segismondo Malvezzi en 1757.

Otro argumento a favor de la autoría de Malvezzi radica en que éste sirvió, al menos durante un tiempo, en el ejército español del Palatinado. Para ello hay varios indicios. El primero se halla en la primera dedicatoria de la obra, fechada en Kreuznach en diciembre de 1620, ciudad que era el cuartel general del ejército de Spinola, y donde también se sabe que estaban acantonados los tercios de italianos que habían acompañado a Don Gonzalo desde Italia para participar en la campaña. El segundo indicio son unos versos de un poema dedicado a Malvezzi por su amigo Fulvio Testi, en el que se afirma que peleó tanto sobre el Po como sobre el Meno (es decir, el río que desemboca en el Rin en Maguncia).

Por otro lado, ambas dedicatorias están dirigidas a Baltasar de Zúñiga, tío del Conde-Duque de Olivares y personaje de gran influencia en su tiempo, ayo y valido de Felipe IV y experto en las cosas de Alemania, que según Shaw, fue también protector de Malvezzi. Años más tarde el boloñés escribiría un elogio del Conde-Duque que le valdría ser llamado a la Corte de Madrid, donde adquiriría fama y renombre. Argumentan los partidarios de la autoría de Malvezzi que quizás fuera éste manuscrito de *La Guerra del Palatinado* un primer intento de emplear el elogio como instrumento para granjearse el favor de Zúñiga, como posteriormente sucedería con Olivares. Esta supuesta pretensión también explicaría que el texto nunca llegara a publicarse, pues Zúñiga moriría apenas ocho meses después, desapareciendo así cualquier fin laudatorio.

Por último, la calidad del texto y su hondura intelectual hacen poco probable que un soldado como Ibarra, al que no se le conocen más escritos, pudiera escribir un texto salpicado de sentencias cultas y razo-

namientos filosóficos finamente hilados con una clara narración de los hechos, fresca y directa, hallándonos, según Shaw, ante un texto bien estructurado y con una prosa que está a la altura de los mejores historiadores españoles de su época. Además cuesta creer, aunque el autor diga en el texto que pese a no asistir a los consejos, por su graduación, estaba medianamente enterado de todo (*Libro Primero*), que pudiera tener con tan poca perspectiva temporal un grado de conocimiento tan grande de los orígenes de la Guerra de Bohemia, de las negociaciones diplomáticas en Bruselas para la restitución del Palatino en sus dominios, de los sucesos de Palacio durante la muerte de Felipe III y la proclamación de Felipe IV, de los cambios de gobierno, etc, asuntos que sí son tratados en la *Historia del reinado de Felipe IV* (parcialmente inédita) de Malvezzi.

Finalmente, Shaw añade también como fundamento a la tesis de Malvezzi la aparición en el texto de elementos italianizantes, tal es el caso de la utilización de palabras de origen italiano, como *indeffesso* (infatigable) o *la vuelta de* (dirigirse a), expresión esta última muy popular en los textos de la época que no demostraría nada. De igual manera, los manuscritos contienen palabras de origen francés, como *marajo* (lugar pantanoso, de marais) o *nombre* (número en francés), que por la misma regla podrían apuntar a una autoría francesa. Más bien creo que la inclusión de estas palabras en el texto fue obra de los distintos copistas que intervinieron en el texto, que de igual manera que escribían de forma distinta los nombres propios y de lugares (Bucquoy viene escrito como Buscoy o Buque; Worms aparece como Bonnes, Bonna o Bormes) emplearían palabras más familiares en su idioma en los casos en los que tenían dificultad para emplear otro término. No hay que olvidar que la lengua valona es el francés y que eso podría explicar la aparición de galicismos en el texto.

Después de un meticuloso análisis, edición y comentario de *La Guerra del Palatinado*, me atrevo a dejar otra idea en el aire por si pudiera resultar de interés a alguien. Pese a la magnífica estructuración del libro, pueden apreciarse ciertas disrupciones en la trama principal, algunas de ellas muy evidentes, como la mayor parte del contenido del Libro Tercero, que parece más bien metido con calzador sobre la cronología de la campaña. En dicho Libro Tercero se trata el viaje de Don Francisco de Ibarra a Madrid en busca de fondos y recursos para el Ejército del Palatinado, y aprovechando, se encajan la circunstancia de la muerte de Felipe III, la crítica a sus validos (no se olvide, antagonistas de Zúñiga y

Olivares), la proclamación de Felipe IV, el nombramiento de los nuevos miembros del Consejo de Estado y la relevancia de Baltasar de Zúñiga y del joven Olivares. Además, se incluyen dos panegíricos, uno al conde de Bucquoy y otro al archiduque Alberto. Por último hace un elogio de las aptitudes de buen gobernante que posee la Infanta Isabel, gobernadora de los Países Bajos. Todo, a mi parecer, una espléndida puesta en escena para el profundo cambio político e institucional que se produce con la proclamación de Felipe IV y el advenimiento de Zúñiga y Olivares, no olvidemos, protectores de Malvezzi.

Por otro lado, hay relatos en el manuscrito que se ciñen con mucho detalle a operaciones militares de importancia menor, como la que se describe en el puente de Mannheim durante el asedio de Frankenthal en 1621 (Libro Cuarto). El detalle de los pormenorizados movimientos de las tropas españolas y de las enemigas solo lo pudo haber escrito alguien que los presencié en persona y de los que dejara constancia en sus anotaciones o memorias, pues muy poca relevancia histórica podrían tener para un Malvezzi de cara a la propaganda política, aunque le vinieran bien de cara a justificar la intención de describir una campaña militar y no un laudatorio a Zúñiga. Tanto esto como la incrustación en el relato del Libro Tercero o las imprecisiones y errores contenidos en los últimos estadios de la campaña de 1621 del Libro Cuarto (Deidesheim y el río Lauter) hace sospechar que quienquiera que realizara el manuscrito, (Malvezzi u otro autor, sin duda versado) se valió de un manuscrito anterior y probablemente incompleto para la realización de la obra. Este pudiera muy bien haber pertenecido a Francisco de Ibarra o a otro soldado que hubiera participado en la campaña. El detallado relato de la escaramuza del puente de Mannheim, en el que participó Ibarra me hace pensar que podría ser el autor de esos retazos de memorias “anteriores” al manuscrito. ¿Por qué en el manuscrito de París figura Francisco de Ibarra y no otro nombre en la portada? No lo sabemos, pero sin duda tuvo que haber una razón para que fuera ese y no otro. Por otro lado, si Malvezzi hubiera pretendido camuflar la autoría de esta obra con algún otro nombre, ¿quién mejor que Francisco de Ibarra? Hijo de un miembro del Consejo de Estado de la época Zúñiga-Olivares, que estuvo en el lugar de los hechos, que viajó a España a la Corte para recabar fondos, y que... murió en la Batalla de Fleurus en 1622. ¿Podría estar relacionada la anotación del nombre del manuscrito de París con algún dato relevante que tuviera el que la hizo y que no nos ha llegado? No lo sabemos, pero lo dejamos en el aire.

Para la mejor comprensión de esta obra, he hecho un particular esfuerzo, y creo que el lector lo agradecerá, en facilitarle al máximo la lectura y la comprensión de las operaciones militares. Para ello, he cartografiado prácticamente toda la Campaña, obteniendo 28 mapas en los que se detallan las distintas maniobras de los ejércitos enfrentados y se comprenden de un vistazo las implicaciones estratégicas de cada bando, creyendo firmemente que se trata de una herramienta novedosa y fundamental para la comprensión de los hechos. Siguiendo la misma estela de los mapas, he realizado 18 croquis en los que se escenifican detalladamente las cuatro batallas campales contenidas en este libro.

En cuanto a topónimos, he identificado los lugares citados en La Guerra del Palatinado, a los que he añadido los propios de la continuación de la campaña en la Segunda Parte, y he confeccionado unas tablas donde se pueden consultar por orden alfabético y donde se incluyen las coordenadas geográficas, además de algunos comentarios extra.

De igual manera, con el propósito de divulgar esta parte de la Historia de España y que su difusión sea la mayor posible, he adaptado el texto de La Campaña del Palatinado al español actual, comentando su contenido en profundidad, identificando a los personajes que aparecen y comentando brevemente sus vidas, poniendo en relación e identificando hechos narrados con su contexto histórico, y ampliando así la perspectiva para su más fácil entendimiento. Con la intención de eliminar las notas a pie de página como vehículo de los comentarios, he adaptado la técnica que utiliza Liddell Hart en su obra *The Rommel Papers*, donde intercala sus comentarios con letra cursiva de distinta fuente entre los textos del mariscal Rommel. En ese mismo sentido, para ayudar a la lectura, he puesto en negrita aquellos nombres y términos del texto que originan los comentarios. En algunos pasajes del texto, como es el caso de las deliberaciones de los consejos militares, se agolpan sin la debida separación y en extensos párrafos, los distintos argumentos esgrimidos por las partes. Para aportar claridad y comprensión a la lectura, me he permitido señalar y numerar cada argumento con corchetes en negrita, tal que así [1].

De igual manera, me he tomado la libertad de estructurar el texto en epígrafes que no aparecen en el manuscrito original, que es texto corrido, haciendo de esta manera que la trama sea perfectamente comprensible para cualquier lector que se acerque a esta época fascinante.

Sin más, les dejo con Ambrosio Spinola, Don Gonzalo de Córdoba y su Tercio Viejo de Nápoles, con Mansfeld, Tilly, el Palatino o el duque de Baviera, para que puedan sumergirse en una de las primeras y más importantes campañas de la Guerra de los Treinta Años. Una de las últimas en las que España saldría triunfante.

Málaga, 21 de septiembre de 2014

Hugo A. Cañete
hacanete@gmail.com

PRIMERA PARTE

LA GUERRA DEL PALATINADO

1620-1621

FRANCISCO DE IBARRA (ATRIBUIDO)

EDICIÓN REVISADA Y COMENTADA POR
HUGO ÁLVARO CAÑETE CARRASCO

Toma y defensa de la villa de Kirchberg. Capitulación de algunas villas y castillos

Nosotros nos hallábamos en Oppenheim, aguardando la llegada de nuestra gente [*el socorro que venía de Flandes*], habiéndose sujetado mientras tanto a la obediencia del ejército católico por ciertos tratados con el **statthalter** del Elector de Maguncia, la villa de Waldböckelheim con su castillo, los de Stromberg y Kastellaun, ambos con sus villetas, y las de Bad Sobernheim y Monzingen algo mayores, todas muy a propósito para alojar a la gente más esparcida y cómodamente durante el invierno, dominando por su medio la mayor parte del Hunsrück. Pero por haber sido en forma más militar y ser la plaza de mayor importancia, supuso mayor reputación el haber ocupado Kirchberg, villa medianamente grande, situada en una eminencia que domina en extremo todos sus contornos, con una muralla de piedra muy fuerte y espesa, aunque sin terrapleno.

El Statthalter (“Hestathalder” en el original) era el gobernador de una región particular, cargo que se desempeña en representación de un príncipe, rey o emperador. El término deriva del latín medieval “locum tenens”, que significa teniente o diputado de esa institución superior en cuyo nombre gobierna.

El terrapleno es una fábrica de tierra apretada y oprimida con que se llena algún vacío o se levanta para defensa. Del italiano Terrapieno. Se trata de la tierra compactada u obra con cierta inclinación que fortalece los cimientos de la muralla.

Y si bien carecía de traveses, no dejaban de ser a propósito para eso las torres de muy buena piedra de que estaba guarnecida a trechos. Está ceñida por un foso de agua no malo, y las dos únicas puertas que tiene están muy razonablemente guardadas y protegidas, en fin, es villa capaz de defenderse y en extremo a propósito para fortificarse extremadamente sin mucha costa. Se habían puesto los ojos en ella con deseo de tomarla, pero ocupado el ejército en empresas mayores, como se ha visto, había quedado en suspenso por entonces aquella intención, considerada de menor importancia, hasta que en este tiempo, habiendo conferenciado con el Marqués la traza que para su ejecución parecía más a propósito, se decidió intentarla, enviando al capitán Baron a que le encargase la tarea

a monsieur de Misiers, caballero de mucho valor y experiencia militar, que por entonces se encontraba en Bad Kreuznach, que la ejecutó de esta manera.

Salió de esta villa el trece de octubre, a cosa de las cinco de la noche, con 150 infantes escogidos, la mayor parte de su compañía, 80 arcabuceros a caballo y una carreta llena de palas, hachas y todas las municiones [*pertrechos y bastimentos*] de guerra. Habiendo hecho salir a su gente a la deshilada [*uno detrás de otro*] para evitar sospechas y avisos, se encaminó con celeridad hacia Kirchberg, que está a una distancia de 7 horas de camino, evitando todo lo posible atravesar por lugares poblados, deteniendo a cuantos se topaba por el camino y habiendo preguntando a sus guías solamente cual sería el camino más diestro para dirigirse al río Mosela, por evitar todo lo posible decir el nombre de la villa. Le sirvieron de mucho las hachas y palas para allanar los obstáculos que el enemigo había hecho en el camino. Llegado finalmente junto a la villa, tomó consigo 15 soldados de su compañía con arcabuces **de rueda** y cuatro o cinco con armas de asta [*picas, alabardas, etc*], con los cuales fue a reconocer la puerta y los sitios más adecuados para apostar a la gente.

Con el surgimiento de la llave de rueda los arcabuces podían ser disparados a voluntad sin tener que preocuparse de que el humo de la mecha pudiera delatar al arcabucero. La llave de rueda conseguía la chispa mediante la fricción de un disco o rueda contra una pieza de pirita de hierro. Al disco se le daba cuerda, liberándose la tensión cuando se oprimía el gatillo, y produciendo el giro de aquella a gran velocidad. A su vez un muelle oprimía la pirita contra la rueda, lo que provocaba chispas que prendían el cebo de la cazoleta. Por lo complejo de su mecanismo, no aguantaba las inclemencias de la intemperie en campaña, y fue gradualmente sustituida por la llave de chispa o perdernal.

Hecho lo cual y ordenado que a la señal de un pistoletazo acudiese la infantería y caballería que estaba más lejos, hizo que seis soldados de su compañía se pusieran los ropajes de los villanos que servían de guías, y tomando cada uno una espada corta y una pistola, del tamaño que podían esconderla cómodamente, les ordenó que cuando abriesen la puerta se llegasen a ella con disimulo, y sirviéndose de la lengua alemana, en

la que eran muy pláticos, procurasen adueñarse del puente, tirando un pistoletazo, con lo cual al momento serían socorridos desde la posición más cercana, en que estaba dicho capitán. Llegaron, pues, los primeros algo antes de haberse abierto la puerta y fueron preguntados por los centinelas si habían visto al enemigo, tomándolos por gente suya. Los soldados habiendo respondido que no, se pusieron a coger fruta de un jardinejo que había pegado a la puerta para con aquella excusa no tener que apartarse de ella. Poco después se abrió ésta, y habiendo salido seis mosqueteros a explorar, fueron derechos a dar con la emboscada de Misiers, donde con no poca dicha pudieron sin mucho ruido asirlos y detenerlos a todos, acudiendo los soldados disfrazados sin perder tiempo a la puerta y, apoderándose del puente levadizo, hacer la señal, con la que inmediatamente fueron socorridos desde todas las posiciones emboscadas. Los que estaban de guardia en la puerta intentaron alguna defensa, tirando unos diez o doce mosquetazos, pero fueron rechazados con muerte de unos pocos sin más daño nuestro que matar a un soldado y herir a dos. Así las cosas, se retiraron a la última puerta y la cerraron; pero, sirviéndose los nuestros de las hachas y martillos que prudentemente se habían traído, fue derribada rápidamente y entraron a la villa. Los enemigos hicieron diligentemente escuadrón en la plaza, donde pensaron rehacerse al abrigo de cuatro piezas de artillería que había en ella; pero tras alguna poca defensa depusieron las armas, procurando salvarse confusamente. Nuestra gente hizo escuadrón entonces para no malograr semejante victoria (como ha sucedido algunas veces al no hacerlo), diligencia muy necesaria en tales casos, dejando también guarnecida con un buen oficial la puerta por donde se había entrado y enviando a ocupar la otra. Entró tras esto la caballería, que tomó y corrió todas las calles para quitar al enemigo toda esperanza de recuperarse. Llegaba la guarnición al número de doscientos hombres sin contar los burgueses, dando de inmediato cuenta de todo al marqués Spinola, en cuya estima tuvo el lugar merecido en este suceso el valor y buena suerte del dicho Misiers.

Se estaba pues con el ejército vigilante, a la mira de lo que quisiera intentar el enemigo después de la llegada de su socorro, y aunque ponía el Marqués toda la diligencia posible en procurar ser informado breve y puntualmente, siendo éste un aspecto del que dependen la mayoría de los buenos sucesos de un general, y consciente de tener hasta las piedras por enemigas, le hacía perseverar en esta cuestión de entre las demás

dificultades que tiene el hacer la guerra en un país tan desviado de los propios. Se carecía en sumo grado de avisos verdaderos y así variaban mucho los que le llegaron estos días de las intenciones del enemigo, cosa que obligaba a no tomar decisiones hasta verlo marchar. Pero el 23 de octubre se supo que se había dirigido a Kirchberg, deseoso de recuperarla y con la esperanza de hacerlo, habiendo sido informado de la poca guarnición que la guardaba. Juntó el Marqués consejo entonces con esta noticia y fue el parecer general ponerse en marcha al día siguiente, no tanto por socorrer la villa, cuya importancia no obligaba demasiado a empeñar nuestro ejército y alejarlo tanto de nuestras plazas, estando ya muy menoscabado de gente, sino para salir de camino también al encuentro del socorro que nos llegaba y darle abrigo hasta que se incorporase al ejército sin ningún contratiempo, habiendo recibido noticia de que el día 22 saldría de Coblenza; y así se estimaba que el día que nos pusiéramos en marcha o el siguiente podríamos toparnos con él.

No dejaba de dar pena la compañía de Borgoñones que estaba en Kirchberg tan imposibilitada de poder mantenerse, y solo se sentía en este caso, que considerado el punto y valor de aquella nación prefiriesen defenderse perdiéndose, que conservarse, aunque pudieran hacer esto último tan disculpadamente. Se acercó pues el enemigo a Kirchberg en conformidad con el aviso que se había tenido el día 22 de octubre, y después de haber sido descubierto por algunos corredores de la villa, le dio vista a ésta con cosa de 5.000 infantes, catorce compañías de caballos y cuatro piezas de artillería. Enviaron con un trompeta a decir a monsieur de Misiers si quería rendir la plaza como la había tomado, pareciéndoles que hallándose con tan poca gente, quizá pudiera querer valerse de esta disculpa. Pero Misiers respondió al trompeta que se retirase y que se llegasen a hablarle sobre ello desde más cerca. Hizo con esto que siguieran avanzando hacia la villa con la caballería e infantería, y fueron llegando hasta ponerse a tiro de mosquete de la muralla, dividiendo en dos puestos a toda su gente. Se adelantó un capitán a procurar ocupar una barrera con cosa de cuatrocientos hombres, pero fue saludado de tal manera por la mosquetería que estaba en la muralla que le pareció más prudente retirarse a puesto más cubierto, y desde éste y el que habían ocupado del otro lado, continuaron tirando desde las ocho de la mañana hasta las otras tantas de la noche, trayendo su artillería hasta muy cerca del arcén del foso, pero sin decidirse a valerse de ella, desconfiados de tomar la plaza tan fácilmente como habían pensado. Se retiraron a la

mañana con pérdida, según pudo saberse, de casi 150 hombres entre muertos y heridos, sin haber costado la vida a ninguno de los de dentro, ni quedado heridos más que cosa de cinco o seis. Acción tan honrada para los defensores (a cuya nación nadie puede negar dos cualidades tan esenciales como son el valor y la fidelidad) cuanto de poca reputación para el enemigo; pues tras haber permanecido ocioso tanto tiempo sin oponerse a ninguna de nuestras acciones, ni haber intentado (o para su recuperación o para su diversión siquiera) ninguna de las plazas que estaban en nuestro poder porque pelear con nuestro ejército no le parecía seguro o necesario, el que ahora se hubiese decidido finalmente tras tan largo paréntesis a atacar una villeta tal sin fortificación ni guarnición considerable hacía que aún saliéndose con ello **no les acreditara** demasiado, cuanto menos lo haría intentarlo y desistir, obligados por fuerzas tan desiguales. Y si dejaron de intentarlo fue más por la salida de nuestro ejército que por la guarnición, a la cual en cualquier caso no se le puede negar lo bien que anduvo.

Otra vez la reputación. Quiere decirse que después de que los protestantes hubieran rehuido todo enfrentamiento, el que tomaran ahora Kirchberg, de poca importancia y con poca guarnición, poca reputación les iba a reportar, y mucho menos (por la disparidad de fuerzas) si finalmente no lograban tomarla.

Llegada de los refuerzos españoles. Nuevo Consejo. Se decide conquistar la región del Hunsrück

Le llegó esta noticia al Marqués el 25 de octubre por la mañana y, agrado de tan honrada acción, como puede presumirse, se puso en marcha para llevar a cabo su deseo, avisado que podría reunirse con el socorro que le llegaba de Flandes. Hizo para esto alto el día 26, y después de haberla visto pasar, le pareció gente muy buena y no poco entera tras tan largo viaje. Llegaba la infantería a 2.500 hombres entre Alemanes, Italianos y Valones, y la caballería a más de 800 en diez compañías, todos a cargo del maestre de campo **La Motterie**, gobernador de Matrique; y pareciéndole necesario al marqués darles un par de días de reposo, los hizo detenerse.

arriba por la ribera hacia el sur, fueron pasando los hombres de Córdoba por otras villas con bandera de la Liga, desde donde los aclamaban jubilosamente, hasta que llegaron finalmente a Wimpfen en la tarde del 5 de mayo de 1622. [Ver Mapa 20. 1 may – 8 may 1622]

La batalla de Wimpfen, 6 de mayo de 1622

Ese mismo día, Jorge Federico de Baden-Durlach, perdiendo la paciencia y ardiendo en deseos de luchar, ansioso de superar a Mansfeld con la obtención de una victoria mayor que la que éste había conseguido en Mingolsheim, salió de Heilbronn con su ejército, y tras cruzar el río Neckar avanzó por su margen izquierda hasta el paraje donde al día siguiente tendría ocasión de chocar con las tropas de Córdoba y Tilly. Escogió Jorge Federico una mala ubicación³⁹ para desplegar a su ejército, en un paraje situado a unos 3 kilómetros al sur de Wimpfen que formaba un ángulo recto entre el Neckar a su derecha y el pantanoso riachuelo Bölliger a su espalda. A la izquierda se encontraba la aldea de Biberach seguida de un bosquecillo, inmediatamente a su derecha tenía la aldea de Obereisesheim y por frente una gran llanura. Su ejército, después de que Mansfeld le cediera 2 regimientos y 2.000 caballos⁴⁰, ascendía a unos 13.000 hombres⁴¹, 10.000 de infantería y 3.000 de caballería, contando además con una artillería muy potente que alcanzaba casi el centenar de piezas de todos los calibres. También disponía de unos carros artillados con salientes metálicos en las bandas. Se trataba

39 Wilson, *Europe's Tragedy. A New History of the Thirty Years War* (London 2010), p.335

40 *Derrota de los herejes en Wimpfen, en 14 de mayo de 1622*. CDI Tomo LIV (Madrid 1869), p.187

41 Wilson, *Europe's Tragedy. A New History of the Thirty Years War* (London 2010), p.335; Céspedes, *Primera Parte de la Historia de D. Felipe III. Rey de las Españas* (Lisboa 1631), p.183; Guadalajara, *Quinta Parte de la Historia Pontifical a la Magestad Católica de Don Felipe Quarto Rey de las Españas y Nuevo Mundo* (Barcelona 1630), p.526 hablan de 16.000; Gidenly lo estima en 15.000, *History of the Thirty Years' War*. Vol. I y II (New York 1883), p.387; El documento *Derrota de los herejes en Wimpfen, en 14 de mayo de 1622* lo estima en 15.000 infantes y 4.000 caballos. CDI Tomo LIV (Madrid 1869), p.187

de los llamados tabores o carros de guerra, que tenían su origen en las guerras que mantuvieron los Husitas con el Imperio en el siglo XV. Fueron ideados por el oficial husita Jan Zizka y se componían básicamente del armazón de una carreta de bagaje reforzada con parapetos y dotada de troneras por donde se disparaban arcabuces y cañones. Tenían la peculiaridad de que se podían agrupar para formar perímetros fortificados. Así describe Céspedes su disposición en el campo de batalla:

Una invención de muchos carros que conducía un pedrero, y tres caballos a cada uno, y de tal forma repartidos que en la campaña encadenándose, con ingeniosa trabazón, sin embarazo al disparar, servían de espesa artillería, y de portátiles trincheras, que por sus ruedas bien tupidas, de agudas puntas aceradas y coronadas de su ejército, la hacían horrible y formidable ⁴².

Jorge Federico había cubierto todo el frente con un perímetro fortificado formado por 70 carros enlazados, entre los que se encontraban los artillados con cañones pedreros referidos más arriba. Inmediatamente detrás había situado a 2.000 mosqueteros, y algo más retirada al resto de la infantería. Pensaba Durlach que aquel artificio atemorizaría a los católicos y le daría una mayor ventaja en la lucha. Ciertamente se trataba de un poderoso dispositivo, pero dejaba pocas alternativas a la maniobra, quedando la infantería “cautiva”, y poca oportunidad a la retirada si las cosas salían mal. Aunque estaba en inferioridad numérica frente al ejército combinado católico, Jorge Federico de Baden-Durlach tenía opciones de ganar la batalla. Sus oponentes estaban debilitados por la agotadora marcha de los españoles, la falta de provisiones, la merma en los regimientos de Tilly y la ausencia de un mando único. Su plan consistía en romper el frente de las tropas españolas y bávaras con una carga de caballería apoyada por el intenso fuego de su artillería.

Para oponerse a estas fuerzas Tilly contaba con un ejército de 12.900 hombres⁴³ y 8 piezas de artillería, si bien otras fuentes lo re-

42 Céspedes, *Primera Parte de la Historia de D. Felipe III. Rey de las Españas* (Lisboa 1631), p.183

43 Wilson, *Europe's Tragedy. A New History of the Thirty Years War* (London 2010), p.334; Gidenly, *History of the Thirty Years' War*. Vol. I y II (New York 1883), p.387

ducen a 7.000 hombres⁴⁴ argumentando la merma producida por los muertos y heridos de Mingolsheim, y por la necesidad de mantener guarniciones en las plazas ocupadas para su seguridad. El ejército español, por su parte, ascendía a 5.300 hombres⁴⁵, de los que casi 1.000 eran Españoles del Tercio de Nápoles, y el resto Alemanes y Valones a cargo del coronel Bauer y del conde de Emden. El comisario Berenguer mandaba la caballería, que totalizaba 1,300 jinetes⁴⁶. Esa misma tarde noche del 5 de mayo, Tilly y Córdoba formaron consejo con sus maestros de campo en la Iglesia Cornelia [ver coordenadas en tabla]. Por estar al servicio de un rey, Córdoba ocuparía el lugar de honor en el ala derecha, mientras que Tilly, al servicio de un duque, el de Baviera, y de la Liga católica, se desplegaría en el ala izquierda. Apenas terminaban de deliberar los jefes católicos, mientras descansaban los agotados soldados del ejército hispánico, cuando desde el lugar que ocupaban las tropas de Tilly avisaron que Durlach había iniciado el cañoneo de las posiciones católicas, a lo que rápidamente respondió la artillería propia. Se dio entonces la alarma y los soldados de Don Gonzalo cruzaron con rapidez el puente que había construido Tilly sobre el Neckar, pasando junto a la villa de Wimpfen hasta la llanura donde se había de librar la batalla. Tilly y Córdoba dispusieron sus tropas de acuerdo con la configuración del terreno en 8 batallones: en el extremo del ala derecha la caballería del Rey Católico, seguida de los Españoles del Tercio de Nápoles y de los Tercios y Regimientos de Valones y Alemanes del coronel Bauer y el conde de Emden. Un poco más allá prolongándose hacia la izquierda desde el centro comenzaba la línea de Tilly con sus regimientos de infantería y con su caballería en el extremo izquierdo.

Córdoba envió una manga de mosqueteros Españoles a que tomara posiciones en un bosquecillo elevado que discurría por la margen derecha de la formación católica con objeto de recalar información sobre la disposición del ejército protestante. Pronto descubrieron que Durlach

44 Céspedes, *Primera Parte de la Historia de D. Felipe III. Rey de las Españas* (Lisboa 1631), p.183

45 Wilson, *Europe's Tragedy. A New History of the Thirty Years War* (London 2010), p.334

46 *Relación de la Batalla de Wimpfen por Don Gonzalo de Córdoba, 7 de mayo de 1622*. CDI Tomo LIV (Madrid 1869), p.178

había dispuesto sus tropas en 11 grandes batallones, que se extendían en un frente amplio desde el río Neckar hasta la aldea de Biberach, y al parecer, en el bosquecillo que seguía a la izquierda de la aldea creyeron ver oculto otro contingente de tropas, lo que indujo a sospechar una emboscada. La caballería enemiga se disponía en los extremos de ambas alas, formada en pequeños escuadrones. Aunque el inicio del fuego artillero protestante hacía presumir el comienzo de la batalla no llegaron a avanzar las filas de Durlach, y la llegada de la noche interrumpió las operaciones de ese día.

Tras la copiosa lluvia de la madrugada, el viernes 6 de mayo amaneció con el ejército enemigo dispuesto en el mismo lugar en que había quedado la tarde anterior. A eso de las 4 de la mañana, Durlach reanudó el fuego artillero, que fue otra vez contestado por los cañones de Tilly. Los soldados católicos descansaban a la vez que tomaban el desayuno y una ración de vino, contemplando el duelo artillero.

Terminado éste y después de haber rezado las plegarias de rigor y haberse encomendado a la Virgen y a todos los santos, Tilly y Córdoba ordenaron avanzar la línea de frente de sus tropas, recortando distancias hasta coronar una suave loma que dominaba el campo de batalla, en cuya cima tenía el enemigo una atalaya. En su interior soldados protestantes habían estado haciendo señales con banderas a Durlach informando de las unidades católicas y de su disposición a medida que éstas se fueron haciendo visibles con la luz del día. Al comunicar que las tropas católicas ya estaban a tiro de cañón, ordenó Jorge Federico abrir fuego de nuevo, provocando esta vez bajas en las filas católicas. Para intentar contrarrestar la poderosa artillería enemiga Don Gonzalo mandó que se plantasen algunas piezas que Tilly le había enviado, y éste, siendo de la misma opinión hizo otro tanto con las suyas. Sucediéndose este tipo de escaramuzas sin importancia fueron pasando las primeras horas de la mañana, hasta que a eso de las once se detuvieron las operaciones por el calor reinante en el ambiente. Viendo que los católicos se sentaban a la sombra de los árboles dispersos que había en su frente, Durlach dispuso que la gente de su ejército tomara el almuerzo. Paulatinamente los soldados de Jorge Federico fueron relajándose, formando animados corrillos donde se discutían los pormenores del combate y concentrándose poco a poco en el centro del dispositivo protestante. Entonces, escalonadamente, con el paso de las horas, las tropas que había ocultas en el bosquecillo a la izquierda de la aldea de Biberach y la caballería

desplegada en el ala izquierda comenzaron a abandonar sus posiciones y fueron integrándose con el resto de unidades en estos corrillos que departían allí animadamente.

Córdoba, que llevaba largo rato observando atentamente la escena no daba crédito a sus ojos. Al principio pensó que pudiera tratarse de algún tipo de estratagema, o que pretendieran atrincherarse tras los carros para esperar a ser atacados en posición ventajosa o, en caso de que los católicos no estuvieran por la labor, verse obligados a retirarse. Sin embargo se la jugó y decidió aprovechar aquella oportunidad que la suerte le brindaba. Envío a toda prisa a la manga de mosqueteros Españoles que había apostado la tarde anterior en los árboles del extremo del ala derecha a que corrieran a ocupar la aldea de Biberach. El capitán Martín Fernández y Alfonso Marcia con sus banderas de mosqueteros y arcabuceros, seguidos de Savariego y Antonio de Sotelo reanudaron de esta manera la batalla. Jorge Federico al percatarse de la maniobra comprendió entonces hasta que punto se había desmadrado la gente de su ala izquierda y dio por terminado el almuerzo, enviando apresuradamente a su infantería a recuperar la posición mientras daba órdenes para lanzar sendas cargas de caballería sobre los frentes de Tilly y Córdoba. Eran las tres de la tarde. Don Gonzalo y Tilly se dispusieron a dar la batalla, y cabalgando por entre sus escuadrones fueron dando nuevos ánimos a sus soldados, diciéndoles:

Marchad con gran firmeza a pelear, y caminad a vencer, pues los presentes enemigos a Dios rebeldes y a su Príncipe, hacen justísima vuestra causa. Procurad este día, dar con valor nuevos trofeos al Águila Imperial Romana, y a los Castillos y Leones acostumbrados a vencerlas; que los despojos, los caminos, el cetro y honra del Imperio, y el conservarse en Alemania la verdadera Religión, todo cuelga de vuestros brazos, y ansia de ser satisfacción de vuestras fatigas y victorias, o si por dicha se perdiesen, ruina y afrenta de la patria⁴⁷.

También Durlach viendo la inminencia del combate dirigió palabras de ánimo a los suyos, y dándoles nuevos bríos les dijo:

47 Céspedes, *Primera Parte de la Historia de D. Felipe III. Rey de las Españas* (Lisboa 1631), p.184

Que se aparejasen pues veía llegada la ocasión en que mostrar su valentía, que en ella es plena su confianza, y que pues tanto habían deseado dar fin de un golpe a los peligros en que su tierra naufragaba debían entonces confirmarlo, porque vencido aquel combate, tenía por cierto, no quedarles cosa que hacer para triunfar de sus mortales enemigos⁴⁸.

A continuación, Jorge Federico ordenó cargar a la caballería. Don Gonzalo, viéndola venir por su parte de la línea, procedente de las posiciones de Tilly, arrancó en persona contra ella al frente de sus escuadrones de caballos, rechazándola. Sin embargo el fuego mortífero de la artillería protestante seguía castigando sin descanso la línea hispana. Entonces Córdoba se percató de dos batallones de caballos enemigos que se disponían a cargar de nuevo contra sus infantes Españoles y Alemanes. Queriendo anticiparse a la maniobra preparó inmediatamente a su caballería para otra carga y se lanzó contra el primero de dichos batallones. Creyendo que sus jinetes le seguían y que cargaban, se halló de repente solo. La caballería española, malinterpretando la maniobra, había hecho la caracola y tras disparar sus pistolas, los jinetes habían vuelto grupas hacia la línea. Córdoba estaba en una situación comprometidísima. Había sido rodeado y reconocido por la caballería enemiga, cuyos jinetes lo hicieron prisionero y lo llevaron consigo en su carga contra los infantes Españoles del Tercio Viejo de Nápoles. Éstos esperaban el envite más firmes que las rocas, con su impenetrable bosque de picas erizado y tan amenazador que los jinetes de Durlach, disuadidos de llevar la carga hasta sus últimas consecuencias, se dieron la vuelta a escasos metros de los infantes, dándole tiempo a Córdoba a refugiarse entre la gente de su Tercio. Así lo cuenta Don Gonzalo:

...que yo no pude dejar de cerrar con la caballería de Su Majestad que estaba en el costado derecho; y aunque de mi parte hice lo que pude, nuestra caballería no procedió tan bien como yo quisiera y así me hallé tan empeñado que me cogieron en medio dos tropas de caballos del enemigo y me llevaron consigo hasta que embistieron a mi escuadrón [el Tercio de Nápoles] donde hallaron la resistencia que convenía y yo tuve lugar de meterme dentro de mi escuadrón, con que me escapé de ellos. Y advertí por cosa notable que no solamente ninguno de ellos

48 Ibid., p.184

*me hirió, sino que con conocerme en el traje y hablarles en mi lengua, ninguno alzó la mano para hacerme daño*⁴⁹.

Allí en primera fila estaban sus oficiales, el maestre de campo Jerónimo Boquín, el sargento mayor y los capitanes, Juan Sánchez, Esteban Martín, Castel y Rosal⁵⁰, que pelearon tan bravamente que con las primeras rociadas de sus hombres derribaron a un *reingrave* [*de rheingraf, conde renano*] de la caballería protestante, que fue inmediatamente seguido por otros muchos.

Mientras el primer batallón de jinetes protestantes apresaba a Don Gonzalo y cargaba contra los infantes Españoles, el segundo, a las órdenes de Juan Federico de Sajonia-Weimar arremetió contra las filas Alemanas y Valonas del coronel Bauer y del conde de Emden, a las que acabó haciendo flaquear y retroceder con el intrépido y furioso choque, quedando los escuadrones casi deshechos y cediendo la línea, al tiempo que retrocedían sus integrantes. Viendo el de Weimar el hueco creado por la desbandada de infantes Alemanes y Valones, y la oportunidad que se le presentaba por suponer debilitada a la formación española, quiso embestirla de flanco para darle el golpe de gracia. El escuadrón español se encontraba solo y bien cerrado, haciendo cara a todas las bandas. Weimar cargó contra las filas españolas con todo el ímpetu de que eran capaces sus hombres, produciéndose un choque espantoso entre jinetes e infantes, pero todo esfuerzo fue en balde, porque a pesar de ser ya la tercera carga de caballería que recibían los Españoles, los protestantes apenas lograron hacerlos retroceder unos cuantos pasos.

Al mismo tiempo cargó también la caballería protestante desde Obesheim sobre el ala izquierda católica, amparada en las espesas nubes de humo producidas por su propia artillería y por el polvo que se había levantado durante las escaramuzas anteriores. Fruto de esta furiosa embestida, varias unidades de caballería y de infantería de la Liga católica se rompieron y toda la línea comenzó a retroceder mientras los jinetes de Jorge Federico se disponían a capturar las piezas de artillería. Los soldados viejos del bravo Regimiento de Schmidt vieron como uno de

49 *Relación de la Batalla de Wimpfen por Don Gonzalo de Córdoba, 7 de mayo de 1622.* CDI Tomo LIV (Madrid 1869), p.178

50 Céspedes, *Primera Parte de la Historia de D. Felipe III. Rey de las Españas* (Lisboa 1631), p.185

sus camaradas, que había abandonado las filas para aliviarse, venía corriendo sujetándose los pantalones con la mano y gritando: ¡El enemigo, el enemigo! El Regimiento formó de inmediato en posición de combate y se erizó apuntando en todas direcciones, mientras una manga de mosqueteros se abalanzaba sobre cuatro cañones que los artilleros acababan de abandonar a su izquierda, para intentar dispararlos.

La caballería de Jorge Federico perdió la cohesión ante tan determinada e inesperada resistencia, y mientras una parte quedó escaramuzando alrededor de los hombres de Schmidt, otros se abalanzaron sobre las unidades en desbandada por el hueco que se había creado en la línea tras romperse. En este momento crucial de la batalla se puso de manifiesto lo descabellado de parapetar a toda la infantería protestante detrás de la línea de carros, pues con el frente católico roto, salvo por el Regimiento de Schmidt en la izquierda y por el Tercio de Nápoles en la derecha, que resistían a pie firme como columnas graníticas gigantescas en sus posiciones, de haber avanzado la infantería de Durlach sobre el resto de la deshecha línea católica, hubiera decidido el signo de la batalla. No obstante, el fuego de mosquetería y artillería que se despachaba desde el parapeto de carros de Durlach era mortífero y estaba castigando duramente a la línea católica, que casi deshecha por la caballería protestante estaba a punto de sucumbir. *Todo parecía amagar adversidad a las armas católicas. Desmembradas en gran parte, con gran ventaja acometidas y confusamente destrozadas, peligraba su integridad y hacían su pérdida segura*⁵¹. Mientras tanto, los mosqueteros Españoles de Córdoba habían llegado a la aldea de Biberach y amenazaban mediante una maniobra de flanco la retaguardia de Jorge Federico.

Entonces, de súbito, en semejante situación límite, un hecho fortuito, uno de esos imponderables de la guerra, trocó la fortuna, y cuando ya nadie albergaba esperanzas en las filas católicas, volvió a sonreírles la suerte. El humo denso de la pólvora y el polvo espeso habían levantado una gran nube que había llegado incluso a ocultar el sol durante la batalla. Hasta ese momento apenas si había soplado el viento, pero de improviso arreció soplando del norte, arrastrando la nube sobre las filas protestantes y dejándolas momentáneamente ciegas en la penumbra. Aprovechando Don Gonzalo este fenómeno proverbial ordenó al

51 Céspedes, *Primera Parte de la Historia de D. Felipe III. Rey de las Españas* (Lisboa 1631), p.185

coronel Bauer que recompusiese los escuadrones de Alemanes y Valones y los dispusiera para el combate. Los Alemanes, que habían dado la espalda al enemigo y habían roto la formación, deseando a toda costa recuperar la reputación perdida, y conscientes del bravo ejemplo que a todos les estaban dando los Españoles, se aprestaron a volver a la lucha, recobrando el ánimo y el coraje. Restablecida la línea en el ala española y recompuesta de igual manera la de Tilly con el respiro que les había concedido el cambio de viento, fue Don Gonzalo de los primeros en lanzarse en busca del enemigo, siendo seguido por sus hombres hasta la misma línea de carros, entablándose un furioso combate de infantes y caballos de toda procedencia, *siguiendo el espantoso batallar, la sangre, las heridas, las voces roncadas, los aullidos, el crujir de las armas, las cuchilladas y el retumbar los arcabuces, muriendo unos y matando otros*⁵².

Tilly, por su parte, sacó un escuadrón fresco que hasta este momento había mantenido en reserva e hizo retroceder a las tropas enemigas que aún quedaban en su línea. La infantería lanzó el asalto final sobre el parapeto de carros a eso de las 7 de la tarde⁵³. Para entonces Jorge Federico ya había huido del campo de batalla con su caballería, abandonando a su suerte a la infantería, que quedaba parapetada en la línea de carros y amparada por la artillería del coronel Helmstad⁵⁴. En esos instantes, algunos carromatos cargados de pólvora situados en la retaguardia protestante estallaron por el impacto afortunado de una bala de cañón católica, produciéndose una gran explosión. La gran columna de humo que se elevaba hacia el cielo fue percibida como un milagro por las tropas de Tilly y Don Gonzalo: Uno de los hombres de Córdoba, se decía que mudo de nacimiento, gritó estar viendo a la Virgen vestida de blanco en el cielo, flotando sobre sus cabezas, y exclamó *¡victoria, victoria!*⁵⁵, urgiendo a sus camaradas a redoblar los esfuerzos para terminar de doblegar a aquellos herejes. Este afortunado suceso sumado a la huída de Jorge Federico con la caballería, a la escasez de oficiales experimentados, a la muerte de Helmstad y a la desbandada que se comenzaba ya a producir

52 Ibid., p.185

53 Wilson, *Europe's Tragedy. A New History of the Thirty Years War* (London 2010), p.335

54 Guadalajara, *Quinta Parte de la Historia Pontifical a la Magestad Católica de Don Felipe Quarto Rey de las Españas y Nuevo Mundo* (Barcelona 1630), p.496

55 Wedgwood, *The Thirty Years War* (London 1947), p.153

en las filas protestantes, apresuró irremediablemente la descomposición de los escuadrones, acelerada por la carga que llevó a cabo Tilly con su mejor caballería sobre el ala derecha enemiga. Las últimas unidades protestantes que quedaban en el campo se rindieron a las nueve de la noche.

La oscuridad amparaba a los que huían, y aunque Don Gonzalo era consciente de la oportunidad de poder dar la puntilla al ejército protestante, detuvo el ímpetu de su gente, pues no era aconsejable conceder una persecución general en las tinieblas sin orden ni concierto. Existía la posibilidad de que el enemigo pudiera revolverse en su desesperación y ocasionar algún susto en nada deseable. No obstante, Córdoba despachó con ese fin al comisario general Álvaro de Losada con su caballería, que dio buena cuenta de muchos fugitivos, compensando así el error cometido al principio de la batalla al no seguir a Don Gonzalo en la carga contra los jinetes protestantes, poniéndolo en serio aprieto y peligro de su vida. Esa misma noche, Jorge Federico de Baden-Durlach llegó a uña de caballo a Heilbronn. Agotado, se postró ante las puertas, y llamando a un sorprendido centinela murmuró “*dame algo de beber, amigo, solo soy el viejo margrave*”⁵⁶. Apostillaría Céspedes:

*¡O!, infelicísima Alemania, qué fuera ahora de tu imperio, qué de tu Iglesia y religión, qué de las miseras Reliquias, de tu afligida cristianidad si tal victoria por ventura, los calvinistas alcanzaran. Mas no lo quiso el justo Dios; su soberana providencia puso en los brazos poderosos de 700 españoles (el enemigo lo confiesa) la prevención de tanto daño, y el vencimiento trabajoso que variamente vacilaba*⁵⁷.

La batalla había costado a Tilly y a Córdoba 1.800 bajas, entre ellas 114 Españoles⁵⁸. El ejército de Jorge Federico dejó virtualmente de existir. Se contaron 5.000⁵⁹ muertos y hubo 1.500 prisioneros⁶⁰, quedan-

56 Ibid., p.153

57 Céspedes, *Primera Parte de la Historia de D. Felipe III. Rey de las Españas* (Lisboa 1631), p.186

58 Ibid, p.186

59 Guadalajara menciona 4.000, *Quinta Parte de la Historia Pontifical a la Magestad Católica de Don Felipe Quarto Rey de las Españas y Nuevo Mundo* (Barcelona 1630), p.496

60 *Derrota de los herejes en Wimpfen, en 14 de mayo de 1622*, CDI Tomo LIV (Madrid 1869), p.187

do casi la mitad de sus tropas dispersas por la campiña. Con el viejo marqués habían quedado unos 3.000 hombres, que fueron lo poco que pudo unir tiempo después a Mansfeld. Entre los caídos se hallaban personajes distinguidos como Magno de Württemberg, un reingrave de la caballería, los coroneles Helmstad y Bechele y otros 42 oficiales y personas de estatus.

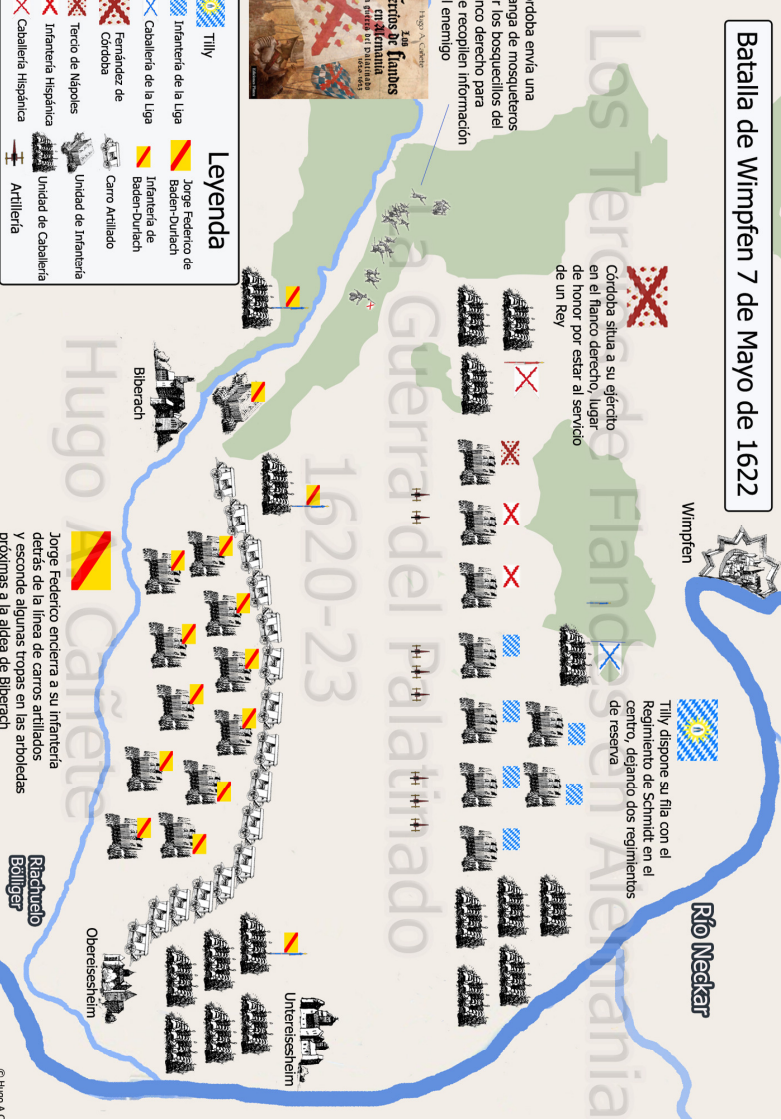
Al día siguiente los soldados de los ejércitos victoriosos comenzaron a recoger el abundante botín abandonado por los protestantes, llegando hasta Heilbronn y acampando en sus contornos, donde los bávaros disfrutaron de un descanso de 2 o 3 días. Perdió Durlach los carromatos artillados, toda su artillería y el bagaje, que se componía de 2 cañones gruesos de 60 libras, 6 cañones de batería, 20 de bronce mayores y menores, 50 morteretes pequeños, 9 gruesos, 1 petardo de grandes dimensiones, 50 carros con balas y municiones, 400 carros de bagaje, 4 carros cargados con escalas y otros instrumentos, 60 con herramientas para los gastadores, otros muchos con pan y vino de munición, y 2 carros cargados con el tesoro de Jorge Federico⁶¹, que se cifró en 125.000 florines⁶². Además, se capturaron el estandarte mayor, 10 cornetas de caballería, muchas banderas de infantería y toda la documentación y correspondencia con los demás coaligados⁶³. La batalla supuso un serio revés para los planes del Palatino, que se las prometía muy felices con la convergencia de los tres ejércitos protestantes en sus dominios. Sus consejeros pensaban que la presencia de semejante número de fuerzas en el Palatinado constituiría una posición de fuerza de cara a la siguiente ronda de negociaciones para la suspensión de las hostilidades, que había de iniciarse en Bruselas. Pese a la victoria, tampoco se las prometía muy felices Don Gonzalo, que le escribía a Spinola al día siguiente:

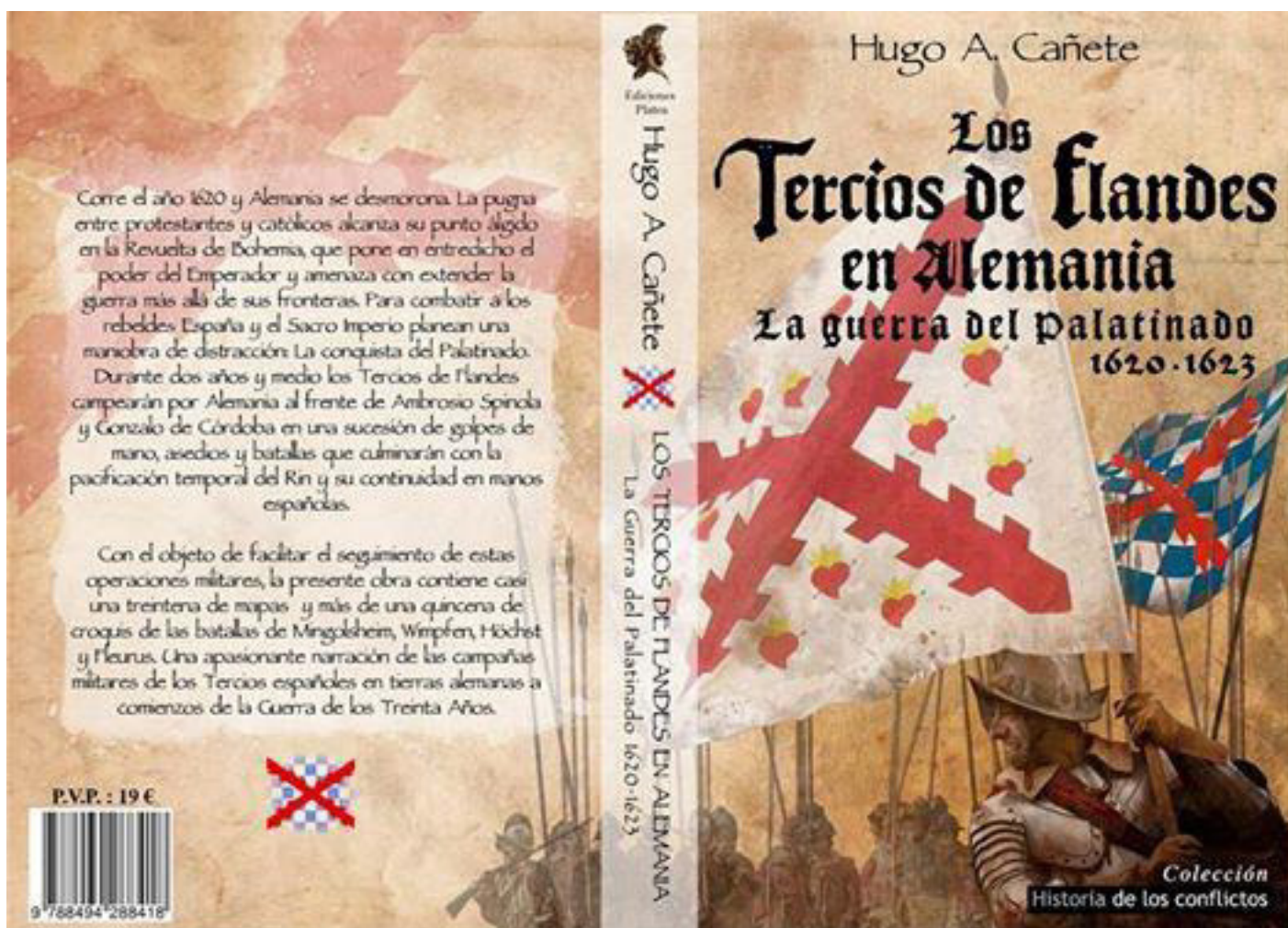
61 Guadalajara, *Quinta Parte de la Historia Pontifical a la Magestad Católica de Don Felipe Quarto Rey de las Españas y Nuevo Mundo* (Barcelona 1630), p.497. En el documento *Derrota de los herejes en Wimpfen, en 14 de mayo de 1622* se habla de una artillería capturada de 18 piezas gruesas y 36 pequeñas. CDI Tomo LIV (Madrid 1869), p.187

62 Céspedes habla de 74.000 Ducados, *Primera Parte de la Historia de D. Felipe III. Rey de las Españas* (Lisboa 1631), p.186; Gidenly de 1 millón de Táleros, *History of the Thirty Years' War*. Vol. I y II (New York 1883), p.387

63 Céspedes, *Primera Parte de la Historia de D. Felipe III. Rey de las Españas* (Lisboa 1631), p.186

Batalla de Wimpfen 7 de Mayo de 1622





FICHA DEL LIBRO:

Colección Historia de los conflictos

14,8x21 cm.

Nº de páginas: 410 págs.

Incluye 27 páginas con mapas y croquis de batallas a todo color

Lengua: CASTELLANO

Encuadernación: Tapa blanda

ISBN: 9788494288418

Año edición: 2014

EDICIONES PLATEA

Tienda online

http://tienda.edicionesplatea.com/epages/edicionesplatea.sf/es_ES/?ObjectPath=/Shops/edicionesplatea/Products/13

Hugo A. Cañete



Ediciones
Párrica

Los Tercios de Flandes en Alemania

La guerra del Palatinado 1620-1623

Hugo A. Cañete



LOS TERCIOS DE FLANDES EN ALEMANIA
La Guerra del Palatinado 1620-1623

Corre el año 1620 y Alemania se desmorona. La pugna entre protestantes y católicos alcanza su punto álgido en la Revuelta de Bohemia, que pone en entredicho el poder del Emperador y amenaza con extender la guerra más allá de sus fronteras. Para combatir a los rebeldes, España y el Sacro Imperio planean una maniobra de distracción: La conquista del Palatinado. Durante dos años y medio los Tercios de Flandes camparán por Alemania al frente de Ambrosio Spinola y Gonzalo de Córdoba en una sucesión de golpes de mano, asedios y batallas que culminarán con la pacificación temporal del Rin y su continuidad en manos españolas.

Con el objeto de facilitar el seguimiento de estas operaciones militares, la presente obra contiene casi una treintena de mapas y más de una quincena de croquis de las batallas de Mingolsheim, Wimpfen, Höchst y Fleurus. Una apasionante narración de las campañas militares de los Tercios españoles en tierras alemanas a comienzos de la Guerra de los Treinta Años.



P.V.P.: 19 €



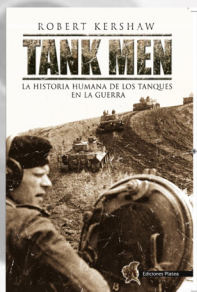
9 788434 288418



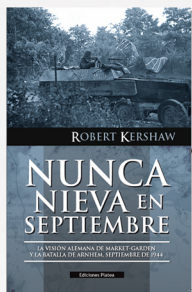
Colección

Historia de los conflictos

Otros títulos de Ediciones Platea



Tank Men



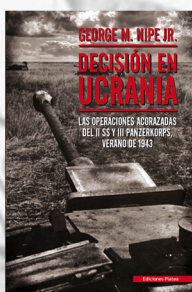
Nunca nieva en Septiembre



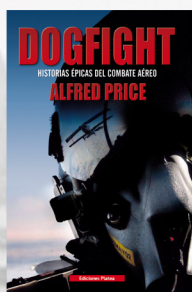
Tigres en el Barro



El Mito de la Blitzkrieg



Decisión en Ucrania

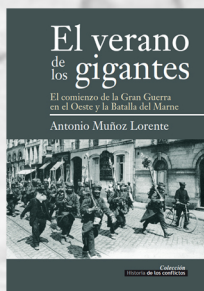


Dogfight



La Wehrmacht
se Retira

Sky Men



El Verano de los Gigantes

Colección Historia de los Conflictos



Los Tercios de Flandes en Alemania

Disponibles en www.edicionesplatea.com